



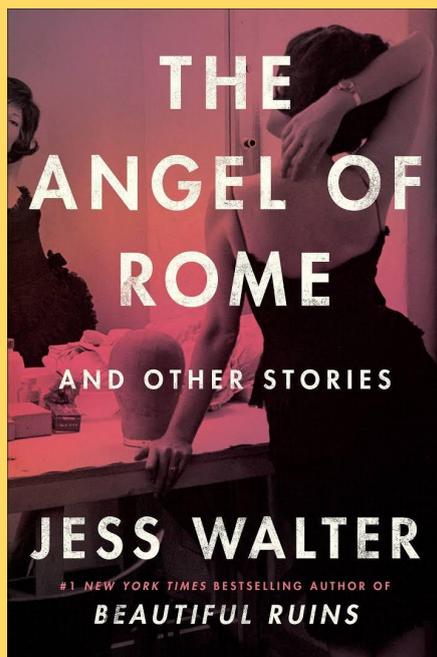
INSTITUTO SUPERIOR
LENGUAS VIVAS

Concurso de traducción literaria

25° aniversario del Instituto Superior Lenguas Vivas

Alumna merecedora del primer premio
Victoria Novillo

Cuento traducido: «Before you blow»
del libro *The Angel of Rome*, del autor
estadounidense **Jess Walter**.



Antes de que sea tarde

Ese fue el verano que pasaste en el río, el verano de tu primera cerveza, tu primer trabajo, tu primer amor, el verano de 1983. El verano de Joey.

Lo conociste en La Pizza Fabulosa de Geno al final del cuarto año de la escuela secundaria. La pizzería de Geno era una institución en el vecindario de Gonzaga: manteles a cuadros, velas en botellas de *chianti*, salsa de tomate y orégano salpicada sobre la pasta demasiado cocida. Todas las familias católicas de Spokane iban allí, incluso la tuya. Los niños, por la pizza y los postres helados; los padres, por los *rigatoni* y el *lambrusco* frío. Una noche, mientras tu familia cenaba, la dueña preguntó si necesitabas un trabajo de verano y, de repente, te encontraste limpiando las mesas. Eras rápida y podías llevar tres vasos de agua en cada mano. Te sentías una adulta. Luego, en julio, una de las camareras se quebró la muñeca y te ascendieron. De inmediato, Joey comenzó a coquetear contigo a través del pasaplato de la cocina. Pareciera que como ayudante de camarera eras demasiado joven para llamar su atención, pero como camarera eras un blanco justificado.

Sentías su mirada cada vez que hacías girar un pedido en la rueda porta comandas.

—Lasaña, espagueti con trozos de carne, una porción chica de champiñones y pizza con chorizo.

—Entendido, Jeans —decía.

Hacía poco que Shirley, la dueña, permitía que las camareras se vistieran de manera más informal en lugar de comprar los uniformes a través del catálogo de gastronomía. Por eso, mientras las mujeres mayores usaban viejos pantalones de poliéster y camisas con bolsillos a la cadera, tú podías usar *jeans*.

—El pedido está listo, Jeans —solía decir Joey mientras deslizaba una lasaña a través del pasaplato.

Trabajaba en el horno pizzero los viernes y sábados por la noche, horneaba las lasañas de un tamaño grotesco cuya receta, afirmaba, era: «pasta, salsa, queso; pasta, salsa, queso; enjabonar, enjuagar y repetir». Eso te parecía divertidísimo. Pero entonces, aquel verano, todo lo que Joey hiciera o dijera era muy gracioso.

Parecía un coqueteo, pero sabías que también podría ser solo una broma. Después de todo, él te llevaba casi cuatro años y era un estudiante del último curso en la Universidad de Gonzaga. ¿Qué universitario de cuarto año querría salir con una estudiante de secundario? Un día estabas contando las propinas y notaste la presencia de alguien. Oía a crema de afeitar. Te diste vuelta y Joey sonrió.

—Hola, Jeans —dijo—. Supongo que no voy a conseguir el teléfono de ese trasero.

Pues, bien.

Iba a ser amor.

Aquella noche, te atrajo hacia la despensa y te besó.

Joey tenía veintidós años y el cuerpo de un hombre adulto, un rostro anguloso con rasgos marcados que conducían a una mata de cabello castaño. Sus ojos eran verdes, y tenían una particularidad que, con generosidad, podría describirse como picardía. Estaba por terminar el ciclo básico previo a la carrera de abogacía y ya había enviado solicitudes de ingreso a las facultades de Derecho.

—¡La Facultad de Derecho! —dijo tu madre, como si acabara de confiarle que era un príncipe—. ¡Bueno! —Miró a tu padre—. ¿Escuchaste, Mark? Un abogado. ✓

Tus padres y tu hermano fueron al restaurante el fin de semana posterior al beso de Joey y la recepcionista los sentó en una mesa para cuatro en tu sector. Le habías explicado a Joey que tal vez tus padres no consentirían la relación con un joven universitario, así que se ofreció a llevar dos copas de *chianti* a la mesa y presentarse. Una jugada anticuada para ganar puntos con tu padre.

Mantuvieron una conversación trivial sobre Gonzaga, y Joey dijo:

—Para mis padres y para mí era importante que asistiera a una universidad católica.

Y sobre sus planes para la carrera:

—Espero que la ley me permita hacer algo más que ganar dinero.

Al final, señaló la cocina y dijo:

—Bueno, será mejor que vuelva al trabajo.

Le dio un firmeapretón de manos a tu padre.

—Fue un placer conocerlo.

Luego, se inclinó ante tu madre.

—Ya veo de donde proviene la belleza de su hija. Esos genes son muy fuertes.

Y así, se dio vuelta te hizo un guiño sabiendo lo que tú escucharías: «Jeans».

—¡Un abogado! —repitió tu madre y miró a tu padre que arqueó una ceja en señal de aprobación cuando Joey se marchó.

Más tarde, te preguntarías por la reacción de tus padres. Tenías la sensación de haber sido *ofrecida* a este universitario, como si tu padre esperara obtener dos vacas y media hectárea de tierra en retribución. También te preguntarías si *conocían* algún abogado. Era tan evidente que creían que Joey pertenecía a una clase social superior. Tu padre era electricista y tu madre era...bueno, una madre. Tu hermano mayor, Mike, quería ser policía motorizado. Esto era lo que representaba la ambición para tu familia. Era la primera vez que considerabas que una carrera y la posición social podían estar relacionadas. Hasta entonces, siempre habías pensado en las carreras como meras descripciones de puestos, como un muñequito en una ciudad de juguete de PlaySkool. Este es un bombero, aquella es una maestra. No se te había ocurrido que una profesión determinada podría convertirte en una persona más importante, un ser humano mejor.

—¿Qué te motivó a ser abogado? —le preguntaste a Joey aquella noche.

Se encogió de hombros.

—Mi padre es abogado, su padre es abogado. El padre del padre de mi padre. Probablemente mi primer ancestro ejercía la ley de las cavernas.

El compañero de cuarto de Joey, Patrick, también cursaba el ciclo básico previo a abogacía y también provenía del área de la Bahía de San Francisco. En los ochenta, para los católicos de California como ellos, Gonzaga era la universidad considerada como la última esperanza: tienes una infracción por tenencia de estupefacientes o repruebas un par de materias y los padres podrían rechazar Santa Clara o San Francisco —ni hablar de Stanford o Berkeley— y condenarte al exilio en la Spokane fría y tranquila. Allí, los californianos desterrados lloriqueaban por la ausencia de vida nocturna y caminaban con dificultad a través de la nieve como monjes con la cabeza cubierta por la capucha de la campera. Como Patrick solía decir: «Por perder el tiempo terminé aquí. En el estado de Cagada».

El modo en que Joey y Patrick hablaban de tu ciudad natal era impactante. No porque pensaras que Spokane, Washington, fuera algo especial; pero en ese momento no podías compararlo con nada. No habías vivido en otro lugar, nunca habías *estado* en otro lugar. Por eso, el trato que le daban —el rechazo, el desdén y la burla— era una revelación.

En efecto, en Spokane hacía frío, sin dudas quedaba lejos y, sí, el centro era aburrido; pero Joey y Patrick estaban lejos de ser monjes. Correteaban como Butch y Sundance y usaban su encanto para librarse de las calificaciones bajas de los profesores y los controles de alcoholemia y drogas de la policía. Se emborrachaban casi todas las noches, a veces con los jesuitas. Improvisaban viajes en auto a Canadá para comprar cajas de Kokanee y Labatt porque eran cervezas con mayor contenido de alcohol. Le compraban marihuana a la novia de un profe de Inglés y anfetaminas a un motoquero que vivía en la misma calle. Compraban alcohol para tus amigos del secundario y te permitían invitarlos a fiestas.

Creías que eran muy divertidos. Sexis. Tenían apodos para todo, un idioma propio. Le decían *U Gonzo* a Gonzaga y entre ellos se llamaban Fitz (Patrick Fitzgerald) y Mac (Joseph McCune). Te llamaban Jeans. Para ellos, la ciudad era un patio de juegos, o un departamento para estudiantes sin respeto por las ventanas, las paredes, las cortinas, los cordones, las alfombras, los límites de velocidad, la propiedad privada, las hijas. Para ellos, la palabra *Spokane* era un modificador que significaba diversión decadente. No solo se emborrachaban, se *Sporrachaban* y orinaban en el puente de la calle Monroe. Al día siguiente, Joey tenía *Sporesaca* y vomitaba en el cantero del vecino. Patrick estaba *Spoexcitado* la noche que invitó a salir a Harmony, la cajera del supermercado Safeway.

Así fue como una noche a finales de ese verano, terminaste en el Ford Pinto marrón de Harmony con Patrick en el asiento del acompañante y tú y Joey apretados en el pequeño asiento trasero uno a cada lado del hijo de Harmony, Morton de casi dos años. El niño jugaba con el chupete en la boca y no había ninguna butaca infantil a la vista.

—¿Morton? —le preguntaste a su mamá— ¿Es un apellido?

—Es una sal —dijo Harmony.

Todos estábamos tomando cerveza Schlitz, la del toro azul grande en la lata, porque Patrick insistía en que el licor de malta tenía más categoría que la cerveza común.

—Tendrías que llamarlo «Sporton» —dijo Joey—, como...Morton de Spokane.

Tendrías que llamarlo Sporton —dijo Joey— como...Morton de Spokane .

—Me parece que eso limitaría sus posibilidades —dijo Harmony.

Condujeron así por un rato, tomando cerveza y buscando algo para hacer. Harmony te preguntó cómo te ganabas la vida. Ni se te ocurrió decirle que todavía estabas en el secundario.

—Trabajo con Joey —dijiste.

—¿En lo de Geno? Me encanta la ensalada de ahí. ¿Qué clase de aderezo usan?

—Italiano, supongo.

—Ah, sí. Tiene sentido —dijo.

¿Cómo ocupar el tiempo entre las cinco de la tarde y el anochecer de un día de verano? Dieron vueltas en el auto parloteando tonterías. Fueron a una tienda de artículos usados y Patrick compró un impermeable. Compraron hamburguesas y licuados. Todos se rieron cuando Sporton chupó las papas fritas. Alguien sugirió pintar el contrafuerte de la vía grafiteado, pero no se te ocurrió nada interesante para pintar.

Sporton chupó su mordillo hasta quedarse dormido.

Por entonces, ya hacía tres semanas que salías con Joey y esta era la segunda cita doble con Harmony y Patrick. Te sorprendía que Patrick saliera con la cajera de una tienda de verduras, en especial una con un hijo. En ese momento, escuchaste algo que te molestó, Patrick le decía a un amigo: «Me gustan las expectativas devaluadas de las lugareñas».

Esa noche, a la puesta del sol, Harmony condujo su Pinto por Upriver Drive y estacionó cerca de la playa Boulder. Aquel verano, era frecuente que las citas terminaran en el río donde se bañaban, nadaban y volaban en las hamacas de neumáticos. Esa noche, alguien —posiblemente Patrick— sugirió nadar desnudos. Estabas nerviosa, pero no te opusiste porque sabías que el resultado de una votación sería tres a uno con la abstención de Sporton que dormía a tu lado en el asiento trasero.

Estabas nerviosa porque, ese verano, tú y Joey avanzaban con paso firme hacia otros niveles en cada sesión de besos (él no besaba como un joven del secundario), hacia caricias (esas manos *adultas*, carnosas y grandes) y...bueno, sabías lo que seguía. Estabas por acostarte con un joven universitario.

El amor, una cosa de locos.

A veces, te enamoras de una persona, pero otras veces, *decides* amarlo. Haces a un lado tus reservas y dices: «Pues bien, *este* es el joven que voy a amar, *este* es el joven con quien perderé la virginidad. Este verano, ahora mismo, en este lugar, en esta manta junto a este río frío».

Cuando lo decides, bueno, él puede hacer y decir cualquier cosa y estarás de acuerdo. Puede decir algo como «Deberías llamarlo Sporton» sin que pienses «¡Qué estúpido!». Piensas «¡Qué divertido! Deberíamos tener sexo».

El amor, una cosa de locos.

En la parte trasera del auto de Harmony, te diste vuelta y miraste una vez más los ojos aceitunados y burlones de Joey. Sí, te dijiste. Luego, él extendió el brazo por encima del bebé que dormía y te tocó el muslo.

—¿Qué opinas, Jeans?

Recuerdas ese momento ahora, treinta años después. De vuelta en tu Spokane natal para visitar a tu padre convaleciente, detenida en el tráfico de la calle Division tras ver —pintados en el banco de una parada de autobús— esos mismos ojos verdes en un rostro hinchado y medio calvo.

Ahora, Joseph J. McCune es un abogado, aquí en Spokane, un especialista en daños y perjuicios civiles e infracciones por conducir alcoholizado que, aparentemente, atrae a su clientela mediante la publicidad en los bancos de las paradas de autobús.

Por casualidad, o no, también te convertiste en abogada. Te graduaste con los máximos honores en la Universidad de Seattle y entre los mejores de la Facultad de Derecho de la Universidad de Washington. Tal vez, deberías agradecer a Joseph J. McCune por inspirarte para ser abogada. O agradecer a tus padres por su reacción cuando Joey dijo aquellas palabras: *derecho y universidad*, porque ahora trabajas en San Diego como abogada corporativa especializada en derecho de la propiedad intelectual. La mayoría de tus clientes son empresas de tecnología.

Aunque la sensación de superioridad te provoca algo de culpa, no puedes evitarlo. Te diste cuenta de que los abogados como Joseph J. McCune son oportunistas, la única contribución de Joey a la jurisprudencia es la idea de que uno debe negarse a que la policía le realice la prueba con el alcoholímetro después de haber chocado contra un restaurante de comida mejicana Taco Bell.

«¡LLAME A JOE ANTES DE QUE SEA TARDE!» aconseja desde el banco del autobús.

—¡Ma! —grita tu hija—. ¿Vas a avanzar? Ya hace dos días que cambió la luz.

Casualmente, Amber tiene la misma edad —diecisiete— que tenías aquel verano cuando conociste a Joey y no le agrada estar de vuelta en la aburrida Spokane, de visita a su abuelo convaleciente quien no para de mirar el aro en el tabique de la nariz como...bueno, sin poder creer que hay un aro en la nariz de su nieta.

Durante el último año, tú y tu hija menor batallaron por aros en el tabique, calificaciones, horarios para volver a casa, y, sobre todo, por ese monumento a la idiotez llamado Kyle, a quien Amber llama «mi chico». Cuando sugieres que, tal vez, su chico no debería atacar el refrigerador cada veinte minutos, o que su chico debería hacer su propio examen trimestral, Amber repite a gritos la cantinela de su gente: «¿Cuándo me tratarás como a una adulta?».

—¡Ma, avanza!

Las bocinas se escuchan detrás.

Pero no puedes apartar la mirada del banco de la parada de autobús y de los ojos verdes de Joey.

—¿Quieres saber cuándo te convertirás en adulta? —le preguntas a tu hija al fin.

—¿Qué? —Amber se horroriza como cada vez que tratas de decir algo significativo, o en realidad, como cada vez que emites una palabra.

—¿Qué dices? En serio, Ma. ¿Tuviste un derrame cerebral?

Al final, desvías la mirada del banco del autobús hacia tu hija y dices:

—Te conviertes en adulto cuando no te dejas engañar por el amor.

Luego, con tu hija furiosa y la luz casi en amarillo, te alejas de los ojos verdes de Joey para siempre.

Los cuatro salieron del Pinto en silencio con la esperanza de no despertar al pequeño Morton. Las puertas se trabaron con suavidad, Harmony asintió con la cabeza y miró una vez más, seguía dormido. Llevaste las mantas hacia la orilla; Joey y tú se apartaron un poco de Patrick y Harmony.

Temblabas.

—Hace frío aquí —dijiste.

—No tenemos que entrar —dijo Joey—. Podemos recostarnos por ahí. Te abrigaré.

Sentiste su mano en la cintura. Incluso al anochecer, advertías que esos ojos verdes te embaucaban. Trataste de juntar coraje. «Está bien. Puedes hacerlo». Es lo que hacían los adultos, tenían sexo. «¿Acaso ibas a ser virgen para siempre? ¡Deja de temblar! Es Joey. Joey, el divertido. ¿Con quién podría ser mejor?».

En ese momento, en tu visión periférica, algo no cuadraba. Te diste vuelta. El Pinto se deslizaba muy despacio por la colina detrás de ti. Hacia el río.

El freno de mano. «¿Había puesto el freno de mano?». Tu mente procesaba ese detalle como si pudieras retroceder en el tiempo y colocarlo.

El auto comenzó a moverse más rápido y crujía sobre la grava.

—¡No, no, no! —gritó Harmony.

Entonces, el auto tomó velocidad y pasó sobre la ribera, de frente, un metro por encima del risco y cayó al río. No salpicó demasiado, sino que se sumergió como un cucurucho de helado en un baño de chocolate, después emergió y se ladeó hacia arriba. Por un instante, te preguntaste si el auto podría flotar, o tal vez, asentarse en aguas poco profundas; pero en ese momento, el frente del auto comenzó a hundirse, se movía hacia adelante como quien baja una colina con facilidad.

Todo lo demás era una imagen borrosa, tan difícil de recordar en detalle como imposible de olvidar, una avalancha de destellos adrenalínicos: corridas, chapoteos, gritos.

De los cuatro, era lógico que alcanzaras el auto primero. Habías crecido en ese río. Cuatro años de clases de natación en el natatorio Cannon. Cruces a nado hasta la isla Shark en los campamentos de verano. Chapoteaste sobre las rocas resbaladizas, la corriente te tironeaba la ropa, Harmony gritaba detrás, el auto estaba a la deriva, apuntaba hacia abajo como un barco que se hunde, el capó se sumergía y el agua

llegaba a la altura del parabrisas cuando alcanzaste la ventanilla de pasajeros que Harmony había dejado semiabierta para poder escuchar el llanto del bebé.

Morton estaba en el asiento trasero. Harmony había trabado la puerta. El agua te llegaba a la cintura. Apenas conseguiste introducir los brazos por la ventanilla, pero no lograbas alcanzarlo.

—¡Morton, ven aquí! —Caminabas a lo largo de las rocas al lado del auto y el agua ya te llegaba hasta el pecho.

Estaba bien despierto y succionaba el chupete mientras el agua se arremolinaba alrededor de sus pies. Te miraba fijo, todo parecía perdido cuando, de pronto, gateó hasta tus brazos por el asiento mojado, de otro modo...

No puedes pensar en el otro modo. Ni siquiera hoy.

Sacaste su cabecita de costado a través de la ventanilla abierta del auto y se raspó los dos lados; solo entonces comenzó a llorar. El resto del cuerpo se deslizó hacia afuera como si fuera la parodia de un nacimiento. Lo sujetaste contra el pecho, las cabezas de ambos fuera del agua mientras regresabas a la orilla.

Con el tiempo, te convertirías en la madre de Jerome, Erin y Amber, la ingrata; pero con ningún otro niño sentiste una satisfacción tan grande al estrecharlo contra el cuerpo como con aquel. Te acercaste a la orilla despacio, miraste hacia atrás una vez más. La parte superior del auto se tambaleaba hacia adelante, el agua entraba a raudales por la ventanilla y, en ese momento, se hundió. Las burbujas surgieron por todas partes, la silueta del auto duró apenas un instante en la superficie del agua, como polvo en el viento.

Para entonces, Harmony ya te había alcanzado.

—¡Oh, Dios mío! ¡Morton! —Y aunque todavía estaba temblando, le diste el niño. Patrick estaba a su lado.

—¡Mierda! Gracias.

En ese momento miraste hacia la orilla. No es que esperaras que Joey salvara al niño. Pero algo en él, parado en la orilla, solo, con la ropa totalmente seca, te reveló todo lo que necesitabas saber.